

# Mayim

Por Juan Vicente MELO

Dibujos de Vicente ROJO

Para Alicia Urreta

... corresponde al tipo Anfitrita, que es la hija de las profundidades, ante todo sensible a la magia de la posesión amorosa...

Miró el reloj, se repitió que no debía permanecer allí, sentada, esperando la llamada telefónica, repitiendo aquel viejo, gastado juego que había terminado por resultar aburrido. "Las siete menos cuarto", dijo en voz alta y sintió el leve temblor de los labios, la necesidad de llorar y seguir así todavía quince minutos atreviéndose apenas a mirar el aparato, conteniendo el deseo de descolgar el auricular, sostenerlo entre las manos, pesarlo, apretarlo y recorrerlo de un extremo a otro, rodeando la bocina, siguiendo el cordón, acariciándolo, anudándolo entre los dedos. "Algún día serás blanco", dijo al teléfono, ella, la que emplea una palabra sánscrita como nombre e identificación pero que en realidad se llama de otra manera. Hizo una mueca de fastidio. "Tengo que concentrarme, siempre acabo por pensar en otras cosas". Y decidió continuar la farsa: se abrió un poco más el escote pero no quiso mirarse, avergonzada. "Todavía quince minutos", volvió a decirse y otra vez se esforzó en seguir las reglas del juego repitiéndose que no podía ni (mucho menos) quería llorar porque las lágrimas ya no tienen objeto y (sobre todo) porque disminuyen el ilimitado rencor que deseaba sentir ("porque aún es preciso") acaso como la última y verdadera razón para alimentar un odio completamente ("casi") olvidado, aunque ella misma admita que ésa es otra mentira, que todo lo que diga o piense o sienta es, únicamente, parte del juego, incluyendo la llamada telefónica y la seguridad de esos quince minutos que se dilatan, están suspendidos dentro de ella. Y por eso, lanzar otro vistazo a su alrededor, esquivar la imagen reflejada en el espejo y quedarse viendo el teléfono y acecharlo, aunque el viejo, repetido juego resulte ya aburrido, y hasta atreverse a mojar el pañuelo blanco con saliva y recorrer la limpia negrura tratando de descubrir aquella inexistente gota de polvo, la minúscula mancha que renovaría el pasatiempo ("Tiene que estar sucio, tiene que estar sucio") y no encontrarla y no tener fuerzas para excluir el pretexto, el confuso sentimiento de burla y piedad hacia ella misma.

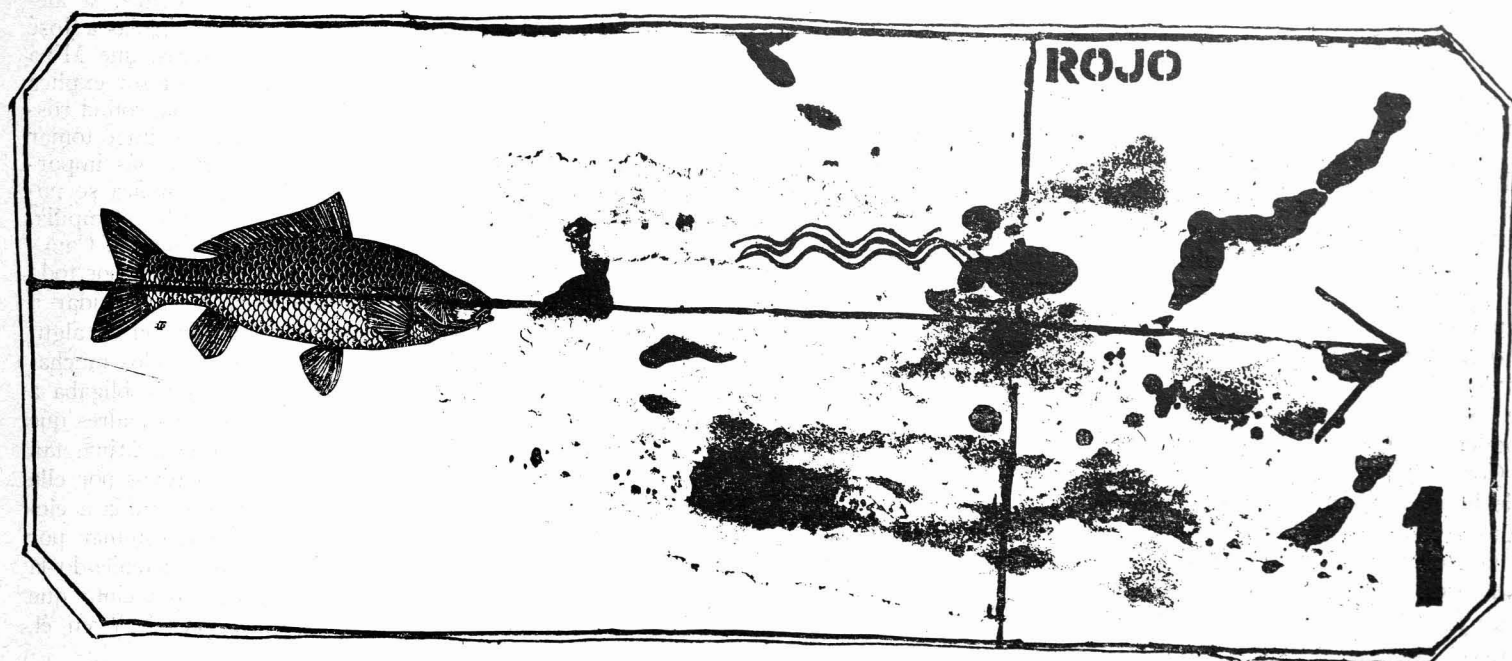
... su verdad amorosa reside en pertenecer totalmente y sin defensas a un hombre y sentir que a través de ese don la humanidad entera la posee...

No sonrió. En otro tiempo hubiera sido el estremecimiento mínimo de los entonces sus labios rosados y siempre carnosos que no necesitaban de pintura, los labios abiertos como si fuera a decir algo: acaso la palabra solamente pensada y detenida en la perfecta separación de las dos líneas firmes, levemente irregulares que sabían guardar fielmente el nombre que entonces decidió que era el suyo y que hizo olvidar el otro, el verdadero:

Mina. En el tiempo, por ejemplo, de los diez y ocho años que una vez tuvo y que se fueron sin que se diera cuenta, ni ella ni nadie ("qué cambiada estás", se repetía frente al espejo, recorriendo su rostro y su cuerpo para asegurarse de que, a pesar de todo, era la misma). O en el tiempo que siguió, cuando supo sonreír abiertamente o quedarse mirando las cosas y las personas con ese aire un poco desvergonzado que tanto molestaba a los padres. Y aún en el tiempo de después, cuando caminaba como tonta, suspirando, soñando, repitiendo el nombre de José Luis. Pero ahora ya no. ¿Cómo sonreír?, ¿de qué manera?, ¿en esta habitación callada, casi oscura, la luz de la lámpara amplificando la negrura del teléfono, proyectando la silueta en la pared y sobre los muebles, modificando la forma y el tamaño, a la vista de aquel enorme, monstruoso, amado e imprescindible juguete que está colocado muy cerca de ella, al alcance de su mano y del que espera el ruido familiar? Es mejor seguir limpiando el teléfono con el pañuelo mojado de saliva, repitiendo una y otra vez "Tenía razón: estás sucio, estás sucio", y anudar el cordón entre los dedos. "Quince minutos todavía", y sentirse asombrada por ser capaz de continuar el viejo, gastado juego que ha terminado por resultar aburrido y preguntarse ¿cómo sonreír?, ¿de qué manera?, ¿así, con esta horrible boca colgante, seca y áspera, que ya no recuerda, ya no ya no ("para mi humillación"), los besos, las mordidas, el roce imprevisto de la lengua y del dedo índice de José Luis?, ¿o tal vez mostrando la dentadura postiza, provocando el dolor de arquear todo el paladar, exhibiendo cínicamente los defectos, las improbables correcciones, el esmerado pero nada eficaz y sí muy caro y doloroso trabajo del cirujano dentista, hombre sabio que nada conoce de la vergüenza de haber visto caer uno a uno aquellos triángulos perfectos y blancos que alguna vez fueron objeto de asombro y envidia y otras muchas veces pudieron clavarse, ávidos, en el cuello, la boca, el hermoso entero cuerpo joven de José Luis?, ¿o provocando la ronquera, el ruido, el gloglogló articuladamente contraído en la garganta, el sonido infamante, el sucio revés de la risa? y preguntárselo al teléfono mientras sigue paciente (arribabajo, derechaizquierda) la inacabable limpieza con la renovada, cristalina gotita de saliva.

... esconde su verdadero, vulgar nombre en la palabra sánscrita que corresponde a su signo zodiacal: Mina, que entre sus diversas significaciones incluye la del número cinco. Parece ser que se trata del signo de la fusión alquímica de los cuatro elementos tradicionales con el quinto elemento, el éter, de esencia más o menos mágica...

Entonces, en el tiempo y cuando en verdad correspondía al tipo Anfitrita, que es la hija de las profundidades, la Venus-



Piscis y la que propicia los afanes de los hombres nacidos bajo el signo de Tauro y más aún los de Escorpión porque con éstos no hay necesidad de hablar y José Luis es Escorpión, entonces, por supuesto, hubiera reído o por lo menos sonreído, aunque, "ya ves", un día como cualquier otro, necesidad hubo de explicar y de solicitar explicaciones, de permanecer atenta al menor movimiento y al gesto más obvio y dedicarse a pensar, ocuparse todo el día en adivinar ¿qué habrá querido decirme?, no lo entiendo, no me entiende, ¿por qué lo hizo o por qué no lo hizo?, ¿tengo necesidad de quedarme callada?, entonces sí, claro, sin remedio, en el tiempo anterior al brusco conocimiento del inicio de la separación, antes de que José Luis dejara de quererla. En el tiempo en que ella tuvo diez y ocho años, por ejemplo, y reía como la cosa más natural y lógica del mundo, acudiendo a todo el cuerpo, como reía al mirar a José Luis acercarse al sitio que ella ocupaba en la fiesta (sentada convenientemente, con las piernas juntas y las manos reposando sobre la falda larga y amplia; ella, con el rostro desconocedor de afeites y peinada con una hermosa trenza), como reía al observar la torpe manera de invitarla a bailar y de admitir ese incómodo apenas sentirse sostenida entre sus manos temblorosas e impacientarse por su miedo porque ya sabe que ha caído en la trampa, que ha abandonado a todas las otras muchachas y que pertenece a ella, por su miedo o su vergüenza o qué sé yo de acercarse la mejilla y de pegarla a su rostro (aunque ella, inventando las primeras señales del juego, le advierta que no le gusta bailar de esa forma, que debe respetarla como se merece); sonreír y hasta reír por los pasos inciertos, el ritmo mal llevado, las palabras apenas escuchadas, envuelta embriagadamente envuelta en el aroma tan dulce de esa loción para caballeros que los caballeros se aplican en la cara después de haberse afeitado (aunque ella le reproche que esas cosas las hacen los muchachos con, por y para otro tipo de mujeres —por ejemplo ésas que están sentadas, mirándolos con envidia y asombro, preguntándose cómo ha podido conquistarlo y cómo ha sido capaz de cambiar a José Luis—, aunque ella le reproche, maravillada ya por el juego, que no es posible admitir sus tímidas caricias, el nunca demasiado lejano acercarse de su cuerpo para encontrar el suyo, intacto, preservado para el que elija como esposo). "No, no puedo saberlo todavía, no estoy segura, necesito tiempo, tengo que pensarlo más", entonces sí, reír abiertamente con el juego de todos los días y con su invariable repetir que no está segura y que tiene que pensarlo más porque el noviazgo y el matrimonio son cosas muy serias y ella no es una coqueta y no quiere engañarse ni (mucho menos) engañarlo a él que tiene tan buenas intenciones y que debe primero terminar sus estudios y comentar con las amigas las caras tontas que acostumbra José Luis porque ella no le permite besarla y por no concederle la mano en la oscuridad del cine, reír con sus cartas idiotas (que todavía guarda y que hasta hace poco tiempo releía con nostalgia) y con sus repetidas declaraciones de amor y los versos que ella aprendió en la escuela y que él asegura haber escrito aunque resultaba fácil comprobar que los copiaba de las más elementales antologías y reírse de los paseos mínimos a la orilla del mar o en la plaza (ella, Mina, discretamente separada de su cercanía; ella, Mina, vestida de blanco y despidiéndose puntualmente a las ocho porque tiene que atender la casa y el trabajo de la escuela y porque sus padres se molestan si llega más tarde; ella, Mina, que no permite —porque es algo prohibido y eso les corresponde a las mujeres destinadas a bajos oficios— el menor roce a sus manos sudorosas y sus labios jamás pintados ni (mucho menos) en el cuello protegido por la rígida tela de la blusa blanca; reír y sonreír cuando espera la puntual visita a la casa y hablan observados por la madre y ella lo despide en la puerta después de repetirle que todavía no está segura de quererlo; reír con los paseos y los saludos de lejos y su repentina determinación de decirle que sí quiere ser su novia, su esposa y la madre de sus hijos, que sí, ¿por qué no?, y aceptarlo y exhibir su ridícula manera de caminar al lado de ella porque...

... ¿fue por eso —dilo ahora, ya nada importa—, fue por eso o porque aquel otro muchacho, igualmente tonto y ridículo y guapo de cuyo nombre ya no te acuerdas ni te acordarás nunca no se fijó en ti que tenías diez y ocho años y caminabas a las tres de la tarde bajo el sol rotundo cayéndote en los hombros y caminabas a las ocho de la noche moviendo tus caderas sin poder contener el bailoteo presuroso de los pequeños senos? ¿Cómo se llamaba aquel muchacho ridículo y guapo que mirabas de lejos, espíandolo?, ¿qué cara tenía y qué cara podrá tener ahora con sus quiénsabec cuántos años? ¿Ismael? ¿LuisPedro-JuanRoberto? Y repasó, complacida en el engaño, todos los nombres. No. Sólo recuerdo que el día era favorable, martes, que José Luis había nacido bajo el signo de Escorpión y que yo era (soy) Piscis, que él había estado en la playa y que me

gustaba con su camiseta blanca y la dorada negrura de su piel. Y ¿por qué no? Sobre todo ¿por qué no? ... Otra mentira. La decisión obedeció al verdadero principio del juego. Ella dijo: "Tengo que pensarlo, necesito tiempo, no soy una coqueta y, más que nada, no me gusta engañarme, no me gusta (ni quisiera) engañarte. Ser novios y casarse y tener hijos es algo serio, algo para toda la vida". Y José Luis se fue y ella subió a su cuarto.

Y en su cuarto quedarse mirando en el espejo, deshacer lentamente la trenza y cepillarse el cabello y perfumarlo un poco. Luego quitarse los zapatos y substituirlos por otros de tacón alto después de acariciarse las piernas. Y abrirse el escote del vestido hasta que los pequeños senos se asoman, un poco temblorosos. Admirar la hilera de dientes blancos y parejos y sentir cómo se clavan en los labios. Y marcar la negra curva de las cejas, la sombra de los párpados; alargar las pestañas, amplificar el lunar de la mejilla derecha, la roja carnosidad de los labios y, divertida, mirarse transformada. Y todavía mojar con perfume el nacimiento de los senos, las axilas, el lóbulo de las orejas. Y bajar, sin hacer ruido, para que los padres no la vean. Bajar lentamente, moviendo las caderas, acariciándose los muslos. Descubrir la negrura del teléfono (tan igual y parecida a la del cuerpo de José Luis) y acercarse despacio al aparato después de apagar las luces de la sala y de comprobar que ella (en el espejo) ríe, desvergonzada. Y primero limpiar con un pañuelo mojado de saliva el (entonces) indefenso objeto y luego marcar, repitiéndolo con voz baja y ronca, el número del teléfono de la casa en que José Luis duerme y estudia y come y piensa en ella y hace quiénsabec cuántas cosas hasta escuchar su voz y entonces ella, después de reírse un poco, con el primer temblor de manos y un súbito golpeteo en el pecho que, luego, necesariamente tendrían que desaparecer, dijo con voz desconocida: "Habla una amiga tuya. Quiero advertirte que no andes con Mina, que no seas su novio. Es una puta." Y, antes de colgar el teléfono, riendo al escuchar las palabras de sorpresa, los asombrados ¿quién es, qué dice?, repetir: "Es una puta."

... es igual, por haber nacido el mismo día, a Santa Teresa de Lisieux (Luna-Piscis), y a Madame Roland (Sol-Venus-Piscis), y a Miss Clarke (Venus-Marte-Piscis), miembro de la mitología acuática, náyade, ondina o sirena...

Y luego, ¡qué extraño!, el advenimiento del desconcierto, el sentir atracción y repulsión al mismo tiempo, el pensar en José Luis sólo cuando están separados y el querer que se vaya cuando están juntos, y no saber cuándo —el día y la hora exactos, ¿cómo no poder darse cuenta ahora para recordarlo mientras sigue limpiando el teléfono?— admitió que estaba enamorada, para siempre, sin remedio, contagiada ya de esa ridícula manera de caminar y de alzar los hombros, cuando empezó a fumar sólo para expulsar el humo por la nariz como él lo hace todavía e imitó la voz y los gestos repitiéndolos en las noches a solas y contra la almohada, los senos tiernos deslizándose entre sus propias, suaves, calientes manos que ella imagina que son las de José Luis, la fecha irreconocible del primer ritual: levantarse y pensar en él y dormirse, pensar en él a todas horas y en todos momentos, fuera o dentro de la casa, en la escuela donde ya nada pueden enseñarle o en el domingo marítimo, en el acto de peinarse, de ponerse un vestido que tal vez sea de su agrado o de descubrir que cuatro planetas favorables la custodian.

Luego, con los días, el juego fue su sola ocupación. Por las mañanas, en la escuela, descubrió la alegría de poder disfrazar los rasgos de su escritura hasta hacerla irreconocible, la alegría de escribir innumerables pequeñas cartas destinadas a José Luis en las que le advierte, de diferentes maneras, que Mina es una puta, la alegría de escribir mientras el profesor explica algo de literatura o de física o de matemáticas y ella, con el rostro desconocedor de afeites, lo mira atentamente y finge tomar apuntes. A la salida, en un café, elegía las cartas más importantes, las rociaba con gotas de un perfume que nunca se ponía, las cerraba cuidadosamente y, antes de pegar la estampilla, las acariciaba, las apretaba contra su pecho, las miraba. Caminar hasta la oficina de correos representaba el tránsito por todo el centro de la ciudad, dar un paseo por la plaza, saludar a personas amigas de sus padres, rechazar la invitación de algunos muchachos para tomar un café o un refresco (los muchachos que la miraban con ojos indecisos y a los que obligaba a tartamudear o enrojecer; las personas amigas de sus padres que veían en ella a la ideal esposa de sus hijos, a ella, Mina, tan recatada, seria, decente y todos los demás calificativos por ella propagados en razón de su actitud como mujer decidida a elegir el esposo merecedor de su cuerpo intocado), caminar por las calles abrasadas por el sol de verano y subir, deteniendo la prisa, las escaleras que conducen al pequeño, feo recinto que alberga la distribución de la correspondencia postal. Y en él,

después de contemplar las pequeñas perfumadas misivas anónimas, dedicarse a ver y clasificar las personas que van a lo mismo y que en los ligeros, limpios sobres han guardado las respuestas o preguntas definitivas, el te quiero o el me es imposible, el ven a mí o el es demasiado tarde, el etcétera o el etcétera. Y ver y sentir cómo resbalan —“tan rápidos”— por la pequeña hendidura. Y escuchar, asombrada, el breve, minúsculo ruido, en el fondo invisible.

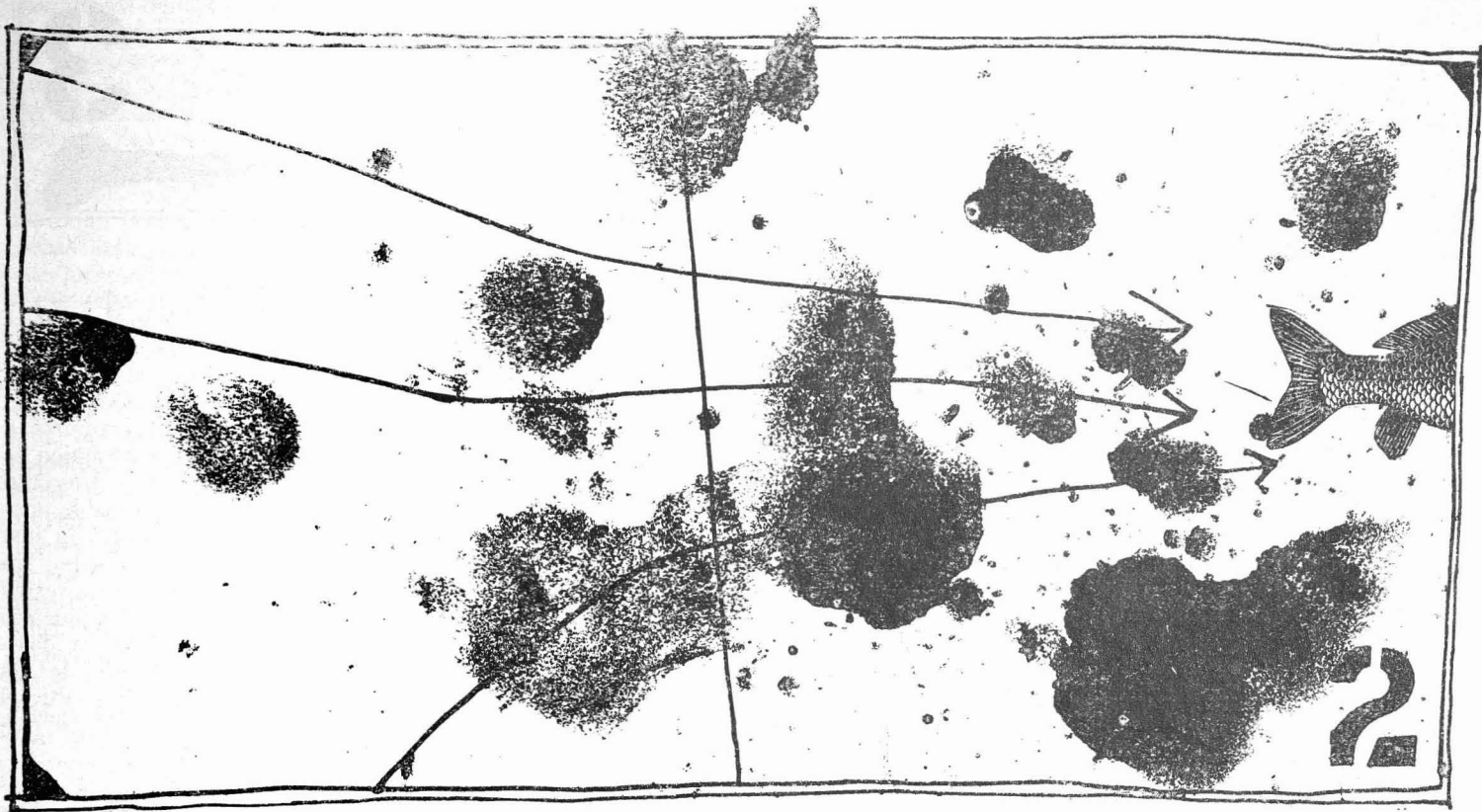
Así continuaban las reglas del juego: regresar a la casa, en sentido inverso, repitiendo los mismos gestos e idénticas palabras. Llegar a la casa y besar las nunca bien rasuradas mejillas del padre y la perdida suavidad de la frente de la madre y sonreír frente a ellos devorando la comida y acostumbrarse a la no impaciencia pensando en todo el tiempo que falta para que ella vuelva a llamar por teléfono después de haber estado, sola, en su cuarto vistiéndose y pintándose como una puta. El tiempo que falta para que ella contemple, maravillada, el hermoso, negro, acaso sucio teléfono y decirle “Aquí estoy, espérame un momento, no te desesperes”, decirle eso furtivamente mientras se mira en el gran espejo de la sala oscurecida y ahí está su figura, sus afeites, la gran sombra extendida bajo los párpados, el lunar amplificado, la falsa rotura del mentón y sus pequeños —luego dóciles— senos asomando desvergonzados en el escote del vestido rojo.

Y la hora llega: entonces, Mina, la que oculta su verdadero nombre, sube a la recámara y se disfraza lenta y cuidadosa-

sillón, ella Mina, pálida alisándose la falda, mirándolo como si fuera una tonta. Y sonreír y hasta reír después cuando se le ocurrió que el juego podría interesar a otras personas y decidió hablar a esas respetables personas advirtiéndoles que Mina era una puta. Y habló a otras más y a sus mejores amigos y al presidente municipal y a sus padres. (“Perdone, señor, pero me creo en la necesidad de advertirles que su hija es una puta”). Una puta: ella, Mina, que no concede la mano en la oscuridad del cine y que no soporta la breve y tímida caricia de la mejilla de un hombre contra la suya, tibia, blanca, levemente sudorosa.

El juego perfeccionado hasta el día en que José Luis dejó de mirarla como si se tratara de comprobar que tal situación no puede ser cierta. Y en la tarde calurosa, preparada, sentir la aproximación de su cuerpo y su rápido, doloroso, definitivo clavar en él su cuerpo de ella. Y el morder, succionar, destruir todas las pequeñas, húmedas cosas que ella ha decidido dejar intactas para el que será el elegido esposo. Y sentir el breve, caliente desasosiego y contribuir a la mordedura y la succión y la lenta —nada cuidadosa— entrada del otro en ella. Y el sentir el agradecimiento y atreverse a pensar —como, tal vez él lo pensó— en la retribución, el pago, el justo pero nada exacto honorario. El entero hermoso cuerpo de José Luis moviendo e inventando su entero hermoso cuerpo joven de puta.

Ah, ah, ah, el sonido impuro, las eses resbaladas, las sílabas rotas, ah, y el nudo en la garganta, “quince minutos”, no corre



mente. Acaso los padres han salido o hacen el amor o discuten de los pequeños y ridículos problemas que ella ocasiona. Lo cierto es que baja las escaleras, despacio, moviendo todo el cuerpo y acariciándose los muslos cubiertos de medias negras o los senos abiertos a imposibles miradas. Mina, la que logró esconder el nombre cierto y ahora, en ese momento, es otra y mira el teléfono y lo acaricia y lo limpia y sabe que a esa precisa exacta hora es, ya, parte del juego, y que se admira en el gran espejo de la sala para comprobar que es una verdadera y decidida puta y luego marca, repitiéndolo con voz ronca, el número del teléfono de la casa donde José Luis la espera, impaciente. “¿Quién es, por qué dice eso? Mentira. ¿Quién habla?” O no la voz de él sino la voz de la que debe ser la madre, la que debe ser la hermana de José Luis y que acaba por quedarse en silencio porque han recibido los anónimos dirigidos a todos los miembros de la desconocida familia. La duda, la rabia, la inquietud, la nosequécosa terminó un día en la oreja de José Luis que esperaba la llamada y la diaria entrega de la pequeña misiva en la que se indicaba que Mina, la perfecta, era una puta.

Entonces sí, sonreír y hasta reír después de colgar el teléfono o de escribir la carta y ya en la cama, a punto de dormirse, después de la rápida caricia, pensar en el día siguiente, en la precisa exacta hora destinada —por ella— a la visita familiar de José Luis y en el verse, imaginarse sentada en cómodo

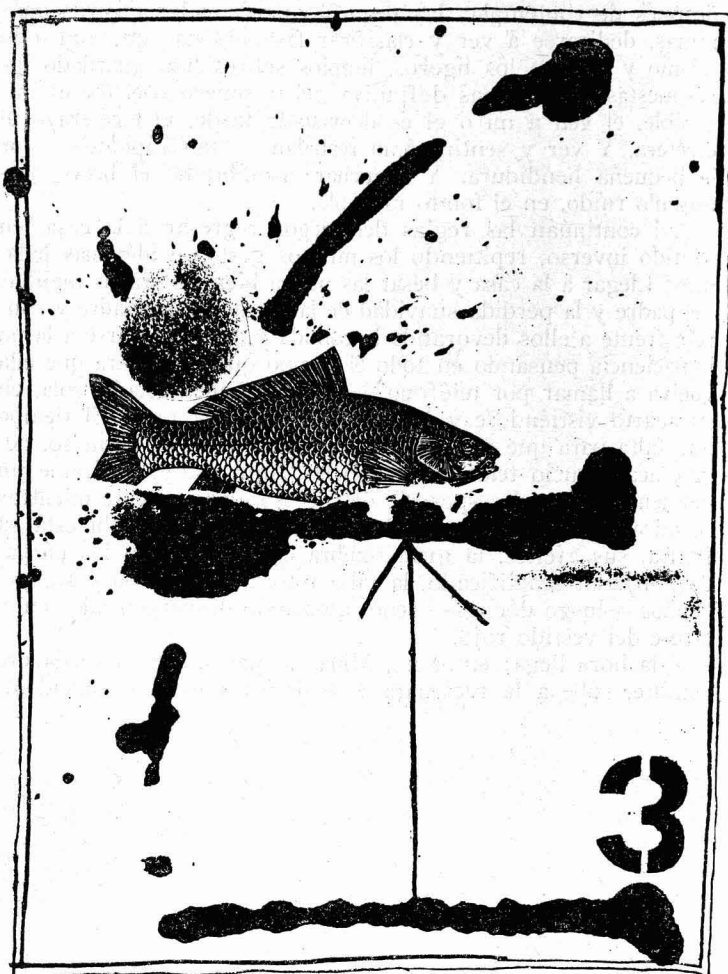
el tiempo, detenido al fin torturándose, matándose, rejuveneciéndose, logrando que vuelva a ser la de entonces (aunque no puedo y sobre todo no quiero reírme), logrando otra vez la de entonces —y única posible— manera de estar enamorada de José Luis. Ni las adivinatoras de cartas, las recomendaciones de las damas que otorgan consultas sobre asuntos de amor, los buenos y malos consejos, nada para evitar (después de todo y aunque el juego esté gastado por los repetidos años) la llamada, ese desear que no escuche el ruido del teléfono, el mirar el aparato que se ha convertido en enemigo nunca sucio, conservar el silencio, la luz de la lámpara y, al mismo tiempo, desear que ya, al fin, el reloj marque las siete de la noche, que se vayan volando los quince minutos, rápidos hasta mañana, volando, y que ya sea mañana porque no se puede, es injusto, deshonesto seguir así, clavada en el incómodo asiento, no llorar, no permitirse ese desperdicio (porque después de todo, convéncete, es falso y ya no sientes la humillación, la afrenta), no reconocer la terrible necesidad de aliviar la tortura del nudo en la garganta, ya no poder imaginar a José Luis saliendo a la hora prevista, saliendo del elegante despacho después de arreglarse el nudo de la corbata, de arreglarse el cabello que nunca consiguió caerse a pesar de los prematuros signos de calvicie y de arreglarse el nudo de las correas de los zapatos, ese José Luis que no siente el nudo que yo tengo

en la garganta, ese José Luis tan distinto que creyó (y por eso se enamoró) que yo era una puta y que al poco tiempo quiso (o tuvo. Quiero decir: sintió la necesidad de) casarse conmigo y me condujo vestida de blanco a una iglesia mientras yo era la reina digna del homenaje que un hombre puede destinar a la mujer propicia —por condición o buena voluntad— a los más bajos oficios, a mí que supe acercarlo y guardarlo dentro o fuera de mí hasta que un día conoció a la auténtica, indisfranzable puta y en ella advirtió la verdad y el saber de mi olvido, ese José Luis de ahora que ya no quiere (porque no lo desea) ser mi esposo, cada vez más joven, siempre sonriente y siempre con los ojos brillantes de una nueva (para mí) desconocida alegría, que baja la escalera, ágil y despreocupado (después de cumplir los yasemeolvidaron quiansabecuéntos años, para mi humillación y vergüenza), que baja las escaleras sostenido por sus piernas duras, envuelto en el estrecho pantalón que va a quitarse dentro de poco, la piel de la cara suavizada por la frescura de la loción para caballeros, aquella la misma exacta que decidió ponerse a los quiansabecuéntos años en que tuvo bigote y mínimos indicios de barba — y que yo toqué, recorrí, acaricié, con mis falsos dedos de puta.

José Luis ahora subido en el coche, apretando el acelerador una y otra vez porque tiene la manía de acelerar el coche antes de encender la marcha y ahora (“J-o-s-é—Luis”) tranquilizado por el ruido familiar de tu yanomeacuerdo marca de coche que se introduce en tus oídos, tú, balanceando la mano, primera-segundatercera, y que sale, corriendo, por el solitario centro de la ciudad, que tú que ya que no que no es posible detenerse, que no hay luces rojas de semáforos que perturben la uniforme velocidad de la carrera, que ahora transcurre por el malecón solitario (incapaz de contemplar la tranquilidad de la bahía, el suave balanceo de los —pocos— barcos extranjeros allí enclavados, demasiado tiesos, momentáneamente desprovistos del excesivo peso y en espera de otro, agradablemente amable, incapaz de mirar y adivinar las banderas que casi no se mueven y de identificarlas con el país en que desearías vivir), José Luis que da una vuelta y otra sin que rechinen las llantas porque la gasolina, el agua, el aceite, la presión de las llantas y todo lo que necesita un automóvil está correcto, en su sitio, en medida y proporción convenientes y calculados con criterio científico para seguir el camino inevitable (“desde hace yanomeacuerdo-cuántos años”) que conduce por toda la orilla del mar hasta enfrente de la pequeña, multicolor casa y ya el ruido sonándose aquí, en los oídos, el ruido que se acaba para dejarse escuchar en el cuidadoso relajarse de todos los músculos de José Luis que detiene la carrera.

En los primeros tiempos —“Pero tienes que concentrarte: siempre hablas de otras cosas. Piensa cuando te casaste con él”— tuve el deseo de salir a la puerta, correr hasta el despacho y detenerme a media calle abierta de piernas y brazos, de gritar: “No te vayas, ayas, yas. Si ella es tu puta yo también lo puedo ser. No te tengas lástima yo también lo puedo ser” e interceptar las luces, desviar la línea recta, modificar el trayecto, obligar a la máquina a enfrentarse con su débil, minúsculo cuerpo verdadero y así, únicamente de esa manera, detenerlo y recordarle el tiempo en que ella, Mina, era capaz de reírse ruidosa y limpiamente, sin dentaduras postizas y sin dolores en el paladar, reírse de sus cartas y sus torpes palabras de amor, de su especial forma de bailar y caminar, de esos poemas que ella aprendió en la escuela (“Pues bien, yo necesito decirte que te quiero”) y que él aseguró haber escrito en interminables noches de vela por culpa de su estar pensando y de su no estar segura y de esa horrible voz que le advertía, viva voz o por voz carta, que ella, la Mina que yo quiero, es una puta. Pero nunca salió a la puerta porque se sintió avergonzada de suponer que su cuerpo podría ser arrollado, aplastado por ese automóvil que conoce el camino— después de tantos, demasiados años— a la orilla del mar y que no existe obstáculo alguno para detenerlo, el automóvil grande elegante blanco que lleva después de yanomeimportaquiansabecuéntos años a José Luis, todas las noches, a esta misma exacta hora, a la casa de la verdadera puta.

Ella, Mina, se esfuerza por limpiar el teléfono. Se atreve a pensar en los muchachos que la codiciaban. Recuerda las furiosas, exigentes, insaciables solicitudes de José Luis. Recuerda su cuerpo disfrazado para tales ocasiones y los escenarios —oídos de lejos— en que tales actos se realizan. Se solazaba en el falso maquillaje y en su (después de todo) breve coqueteo. Se pierde en esa fusión, en sentirse poseída, violada, recompensada por la humanidad entera. Se repitió: “Luna-Piscis, como Santa Teresita del Niño Jesús”. Y no se sintió tranquila porque el juego resultaba, ya, viejo, aburrido.



¿Qué pasó entre el día del matrimonio y el día que descubriste el principio del alejamiento? No quiero, no puedo contestar. El teléfono está sucio; eso es lo único que importa. Me vestí de blanco y tuve lo que tienen las que no conocen lo que conocí antes. Mi vida fue el hermoso, moreno entero cuerpo joven de José Luis. Limpié el teléfono y otra vez empecé a advertir a los amigos que Yo era una puta. No faltó quien se riera (o sonriera o colgara, fastidiado, el teléfono). No faltó ocasión para que yo mirara ese horrible, inmenso, amable aparato negro y que lo limpiara con un pañuelo mojado con una espesa (pero clara) gotita de saliva. Pero, en ese tiempo, sin saber por qué, dejé de reír y los dientes sufrieron un progresivo tránsito de aflojamiento y me sometí a raspaduras y quemaduras y a esmerados pero nada eficaces y sí muy caros y dolorosos tratamientos y se inició el largo peregrinaje de las adivinatoras del futuro y de las consejeras del amor. Fue el tiempo de la gordura, de los dientes postizos y del advenimiento de la única verdadera, envidiable puta.

¿Por eso? Acaso. Me empezó un ilimitado rencor. Ya no es posible sentirlo porque el juego ha durado demasiados años y se ha repetido mucho. Me casé con José Luis un día. Era un día hermoso. ¿Cómo no recordarlo? Esa noche, en el hotel de veraneo, me tuvo (y yo me comporté) como lo que él, después de todo, veía en mí. Él no terminó sus estudios pero tuvo mejores cosas y yo empecé a tener miedo porque, después de todo, exigía y admiraba de mí lo que yo no era. Se le ofrecieron oportunidades dignas de atención y estudio en el mismo tiempo en que tuve que someterme, dócil a sus abrazos. Después de todo, ya nada importa. Un día —para mi humillación— se me cayeron los dientes y supe que había envejecido.

... el tipo Anfitrita debe dudar de esos hermosos amores, demasiado hermosos para ser ciertos. Debe dudar de esas insensatas pasiones, demasiado insensatas para ser ciertas. El tipo Anfitrita es una buena esposa, capaz de gran devoción, de perfecta abnegación, hasta de un excesivo espíritu de sacrificio. Su bondad no conoce límites: no le impidan otorgar caridad al menesteroso; permítanle la adopción de un gato callejero...

“Todavía quince minutos y el teléfono nunca estará completamente limpio hasta que sea un teléfono blanco”. Pero antes de que eso sucediera existió el tiempo en que supo reír. Los días y las noches que precedieron a su matrimonio y en que ella, Mina, era llevada a un hotel o a un *courts* después de los necesarios, molestos preparativos. Los días y las noches en que ella adivinó (“para mi humillación”) que José Luis cono-

cía a las putas y que por, para y en ellas vivía. Que una cosa era el juego inofensivo y otra la sucia forma de realizarlo, aunque se sintiera feliz, embriagadamente feliz (como se sentía al aspirar la fresca loción que José Luis se aplicaba en la cara después de haberse afeitado). Existió el tiempo de regresar a la casa y de despojarse de su vestido de señorita para salir a la esquina, disfrazada con el vestido abierto y desde una farmacia o una tienda de abarrotes hablar por teléfono a sus asombrados padres que nunca le dijeron nada o a la aburrida familia de José Luis que invariablemente interrumpía sus noticias. Existió el tiempo en que ella comprendió que deseaba ser la respetable esposa de José Luis, madre de varios, hermosos y llorones niños, que concede el placer de aceptar su nocturna compañía únicamente en razón y por motivo de la maternidad. Hubo el tiempo en que ella, Mina, supo comportarse como una señora destinada a más altos oficios. Hubo el tiempo en que José Luis dejó de ir a los burdeles porque en ella encontraba la total felicidad.

"Quince minutos todavía", se repitió, aunque ya no fuera cierto porque el reloj marcaba las siete de la noche. Y la espera concluyó, como todos los días, con el rostro lleno de ridículos afeites, la boca desfigurada, el rojo viejo vestido, los ojos agrandados por sombras aceitosas, el cigarro temblando entre los dedos y el teléfono al lado, el limpio negro terrible aparato que empieza a sonar.

Se sintió feliz de escuchar el "clic", de saberse sola y rodeada de silencio y de oscuridad, totalmente dueña de la sala, de los muebles, retratos, el techo y la escalera que conduce al piso superior, a su recámara y a la que una vez iba a ser la de los hijos que soñó con José Luis y que no tuvo, la recámara que decoró con animales y florecitas y personajes de los dibujos de Walt Disney (porque así lo habían hecho las amigas que tuvieron hermosos y llorones niños), reina de la casa enorme y solitaria, posesión perfecta, refugio seguro, torre, castillo, dueña de todos los secretos, de los ruidos nocturnos y los rincones, de las adivinaciones, de los invisibles lugares donde jamás llega la luz, ella, la que amó José Luis en un tiempo y que luego cambió por la verdadera puta —la mujer destinada a ese sagrado oficio que él practica alegre, devota, maravillosamente. "Clic", el mínimo ruido entrando por los oídos, provocando el cierre de los párpados, el lento acomodo en el sillón y la voz que empieza a contarle, disimulada por un pañuelo o por la palma de la mano, la voz que se dice amiga, exactamente igual a como ella jugaba en otros tiempos, que José Luis ha bajado la escalera del despacho, que ha subido al coche, que ha salido, que el reloj marca, puntualmente, las siete.

Escuchar el relato de todos los días después de quiesabecúantos años y no contestar nada. No sentir el (gastado) viejo rencor. No sentir la envidia, el ¿por qué no soy yo la que está entre tus brazos? Sólo llenarse de palabras disfrazadas y respirar tranquila cuando supone que el coche se ha detenido frente a la casa en la playa y que ella, la otra, la que no tiene necesidad de vestirse de puta y de actuar como tal, la por siempre desconocida, la por siempre triunfadora, lo espera sonriente y lo besa en la nuca y en los labios con unos labios que ella (acaso) alguna vez tuvo, y lo muerde en la nuca y en los labios con unos dientes objeto de admiración y envidia. Escuchar el relato y tratar —únicamente— de pensar en otra cosa: en el ilimitado rencor que ya no puede sentir, en el ridículo disfraz, en el aburrido juego, en el no desear saber quién puede corresponder a la voz que le cuenta esas cosas. Ya está: pensar en que el teléfono tiene que ser blanco, que hay que añadirle varios metros de cordón a fin de pasarlo en las manos por toda la casa y de tenerlo siempre cerca y de colocarlo en cualquier sitio, en hacer de él su esclavo como en otro, venturoso tiempo.

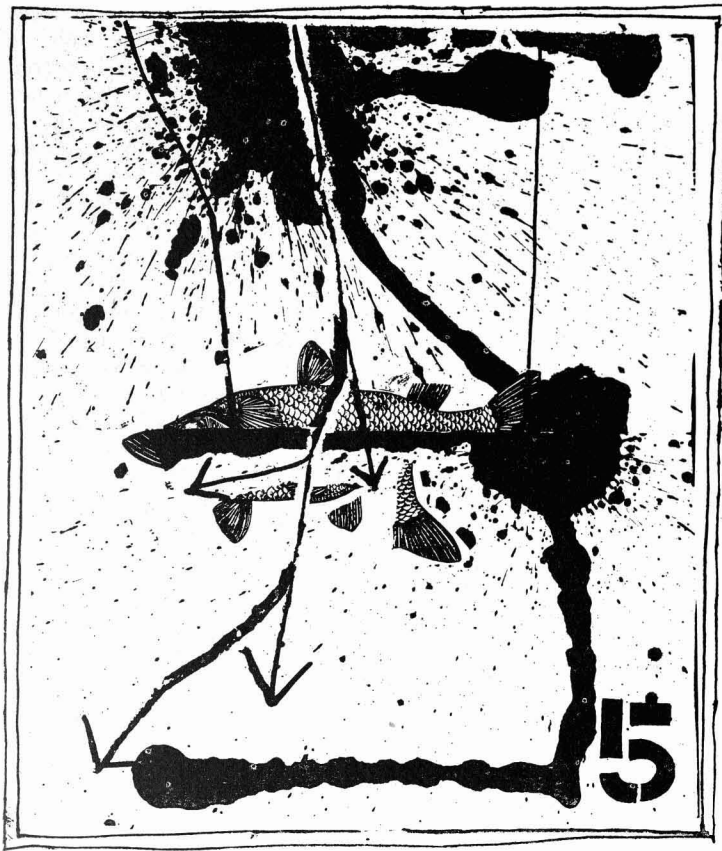
Ahora hay que colgar el teléfono después de haber oído todo. Subir las escaleras, tenderse en la cama. Ahora —dirá en voz alta— está con ella, sobre ella, buscándola. Ahora, en este preciso exacto momento, estará confundido con ella. Ahora ya no, porque el tiempo camina para los dos, no para mí. Ahora, José Luis fuma el último cigarro. Se dicen las mismas cosas de costumbre y él la besa, de nuevo, sin ganas. Pero ella, la desconocida, sabe su oficio. Lo atrae. Él está en ella, por ella, para ella. Ya es la hora de salir.

Entonces, se levanta de la cama correctamente arreglada y se mira en el espejo. Corrige algunas sombras de la cara, amplifica o disminuye otras. Cansada, baja las escaleras sabiendo que no tiene necesidad de disimular el posible ruido que (acaso) suscitan sus tacones altos. Se acaricia, mecánicamente, los muslos y los senos gordos y caídos. Ya en la calle, continúa el nuevo juego que nunca consiguió divertirla: camina, sin

pensar en nada, un poco asustada por los ruidos y las luces verdosas. Admite otra vez que su historia no tiene nada de excepcional y que muchas mujeres más (acaso todas) la sufren y salen de ella perdedoras. Camina, indiferente a las nunca codiciosas miradas de los escasos paseantes y llega, al fin, al pequeño, cómodo café en el que el muchacho toma café, un panecillo, un vaso de agua, fuma dos o tres cigarros y lee un libro o el periódico y termina por irse, saludándola demasiado respetuosamente sin advertir su vestido rojo y su escote, sus labios pintados y su indiscutible figura de puta, sin preguntarse quién es, qué quiere de mí y qué hace, saliendo del pequeño, cómodo café con una mínima sonrisa y sin grandes muestras de cortesía, el muchacho que tal vez se parece al yanomeacuerdo cómo se llama y que vigilé, ávida, a todas horas en el tiempo en que tuve diez y ocho años y en que él no se fijó en mí, este muchacho pálido y delgado, ¿cuántos años podrá tener?, que después de quiesabecúantos años llega al café y toma café, un panecillo y un vaso de agua, lee un libro o el periódico, está cada vez más pálido y delgado, debe ser un estudiante o un poeta, que va al café aunque haga frío o calor o esté lloviendo y que al salir saluda a Mina sin darse cuenta de que ella le puede ofrecer la ternura que él ("seguramente") va a buscar con las putas.

Ya está el nuevo juego: idéntico al descubierto el día vergonzante en que estuvo segura de que José Luis ya no era suyo porque simplemente era de otra. Entra en el café, se sienta en la mesa de costumbre y pide las cosas de todos los días. El muchacho llega y ella intenta la sonrisa con que pretende saberse vengada, ya no objeto del engaño sino igualmente capaz de él, a sus años y con su gordura y el dolor en el paladar y el esmerado pero nada eficaz trabajo del cirujano dentista por disimular la lenta, inexorable caída de los hermosos, perfectos triángulos blancos que una vez, hace mucho tiempo, fueron objeto de admiración y envidia, en el tiempo en que supo exhibirlos en la sonrisa. Solicita a la amable mesera lo de costumbre: café y panecillos y, luego, un vaso de agua para disimular el gusto que se queda en la boca, solicitarlos y deglutirlos al mismo tiempo que el muchacho (que cada vez está más pálido y delgado y que nunca deja de asistir, puntualmente), imitando y repitiendo sus movimientos, sus reposos. Ya está: piensa en José Luis dormido, roncando, fatigado del abrazo de su puta. Termina el juego: el muchacho se levanta, puntualmente, a la hora prevista, en el preciso exacto momento en que José Luis debe despertarse como si nada hubiera pasado y la saluda con aquel apenas levantar la mano y aquel apenas ("triste") sonreír. Y ella también se atreve a la sonrisa, no tímida sino tranquila, sin mostrar demasiado el desperfecto de la ruina de sus dientes, abriéndose un poco el escote, limpiando disimuladamente la gota de agua o el minúsculo pedazo de pan





que se quedaron detenidos en sus labios. El muchacho sale del café y Mina lo sigue, de lejos, desconocedora de miradas ávidas.

Luego, llega a la casa, bebe con desgano el vaso de leche y deja intacto el sandwich que ella preparó para José Luis. Comprueba que el teléfono está ahí, mínimo, casi invisible, descansado, tranquilo. Lo acaricia, levemente. Recuerda los tiempos en que tenía que salir, presurosa, a la calle, y hablar con voz disimulada a José Luis ("porque mi madre también ocupaba, en no sé qué cosas, el teléfono"). Recuerda los tiempos en que tenía que esperar, en la farmacia o la tienda de abarrotes, que otros dejaran de hablar tonterías y miraba angustiada el tiempo que pasaba y se repetía que José Luis no iba a esperar esa noche. "Ahora serás blanco y tendrás un cordón infinito que te permitirá pasearte por toda la casa". Lo besó. Sin mirarse en el espejo —sería una vergüenza más— subió las escaleras y esperó que José Luis llegara, tomara el vaso de leche o comiera el sandwich y que su cuerpo cansado se colocara al lado del suyo después de escuchar las disculpas, el relato mentiroso de siempre y las buenas noches. Luego, sintió el ritmo tranquilo de la respiración y se preguntó en qué ocuparía todas las horas de mañana para esperar, quieta y confiada, las nueve siete de la noche y la llamada y la otra vez confirmación del engaño y ese su subir las escaleras, agotada después de caminar de la casa al café y del café a la casa sólo para ver al muchacho y pensar que va a burdeles donde las putas no pueden otorgarle la ternura que ha guardado, intacta, para él; subir las escaleras y de todos modos saberse única dueña de la habitación inaccesible y de su cuerpo muerto, viejo, seco, poseedora de los fragmentos de sábana que ella eligió para reírse donde él no pueda escucharla y donde ella sea incapaz de mirarse.

Se acercó a José Luis y extendió su cuerpo al lado del suyo, el su cuerpo disfrazado por un amplio camión y protegido por sábanas blancas. Soñó.

El nuevo juego consiste en el sueño: todos los días, Mina sueña que ha estado en la playa, que ha sido fecundada, milagrosamente salvada del agua para encarnarse en un hermoso niño llorón que ocupará el cuarto inservible, las tardes inútiles. Sueña que cuando era niña alimentaba palomas y que ahora el hijo será una paloma gracias a que ella ha estado unida al muchacho pálido y delgado por una gozosa e innumerable lluvia de oro. Sueña que pronuncia, torpe, dulcemente, el nombre del muchacho que asiste todas las noches, después de las siete, al café, el muchacho mojado de lluvia o de sudor, a quien nada impide tomar el café y los panecillos y el vaso de agua mientras lee un periódico ("¿qué leerá?"), el muchacho que la saluda en el preciso exacto momento en que él, José Luis, se despide de su puta. Sueña que el muchacho no es el del café, ni aquel otro de cuyo nombre ya no se acuerda y al que espiaba, ávida,

porque, en verdad, le gustaba; sueña que el muchacho es José Luis y que José Luis la mira cómo se arroja al agua y ella nada, alegremente, buscando la secreta fecundación y cómo José Luis contempla la manera que ella ha adquirido por su oficio de puta de extenderse en el fondo, en el total silencio. Y José Luis contempla, de lejos, cómo ella, la del nombre verdadero nunca pronunciado, se habitúa de diferente manera a reír y empieza a enumerar los trabajos favorables, los sitios seguros. Y sueña que José Luis repite el verdadero, impronunciado nombre de ella y ella lo mira, asombrada, reconquistada, otra vez sonriente y hasta riendo y que decide que, en ese momento, se inicia su total y lenta disolución. Y sueña que José Luis asiste, maravillado, al excepcional espectáculo. Cae sobre sus dos cuerpos el derrumbe de los cinco cielos. Él se convierte en foca y reclama el hielo, el lugar nunca visitado pero en el que la fecundación es sencilla. Ella ocupa la superficie sur del rostro y decide incorporar a la domesticación de su oficio de puta una serie de objetos preciosos.

Al día siguiente, Mina despertó sobresaltada y con dolor de cabeza. Miró el cuerpo de José Luis y se vio, desnuda, en el espejo. Pensó en el muchacho del café y decidió no verlo más, con la condición de tener un teléfono blanco. Vio sus senos flojos, colgantes, las manchas oscuras en el vientre, el cabello desordenado que dejaba asomar hilillos blancos. Pensó que, sólo así, José Luis y ella conocerían el verdadero orden matrimonial y que después de abrazarse se retirarían, prudentes, al sitio que les corresponde en la cama. Volvió a mirar el cuerpo joven de José Luis y se repitió que debería estar soñando en antiguas embarcaciones. Ella —cuyo verdadero nombre no se puede divulgar— permanecerá desnuda, frente al espejo y empezará a reírse hasta que se vea obligada a recoger los dientes falsos que se dispersan, opacos, sobre la sábana fría.

—Buenos días —dijo él, despertándose, fingiendo aún el sueño olvidado (altas y hermosas embarcaciones que conducen a países inexplorados).

—Buenos días —dijo ella, cuyo nombre no importa. Buenos días y dice y repite mientras baja la escalera y se queda contemplando el teléfono negro y se acerca para acariciarlo y se atreve a la contemplación, al furtivo beso, a la primera limpieza. José Luis baja también y toma, rápidamente, el café caliente y el panecillo (de la misma manera que lo hace el muchacho pálido y delgado que ya no ya no quiero ver "para mi humillación y vergüenza") y toma el vaso de agua para disimular el gusto que se queda en la garganta y José Luis se va y ella se queda mirando el teléfono y empieza a marcar casuales números y a inventar nuevas, distintas, perfeccionadas, cansadas voces. Y entre un número y otro, Mina desliza por el teléfono el pañuelo mojado con la mínima gota de saliva hasta que se siente cansada y comprueba que todavía le faltan muchas (demasiadas) horas para que suene la llamada, para que cesen los ruidos de la calle, se instale el inmutable silencio, el primer signo de muerte. Entonces (ahora, es el tiempo), empieza a caminar por toda la casa, abrazada del teléfono, entona en voz baja el nombre de José Luis como si fuera plegaria o canción de cuna o el descubrimiento del verdadero nombre del muchacho del café. Entra en el cuarto que hubiera podido ser el de sus hermosos llorones hijos y descubre una vieja amarillenta fotografía en la que Mina es joven y se alisa la falda y está peinada con una hermosa y larga trenza y sonríe al fotógrafo. Entonces, con el pañuelo blanco, apenas mojado de saliva, inicia la destrucción de los ojos, la boca, cabello que una vez tuvo. Borra, definitivamente la sonrisa. Ya no queda nada.

Después, abre el gran ropero y empieza a purificarse con el vestido de novia. Entona una marcha nupcial y se imagina del brazo del muchacho que asiste puntualmente al café. Repasa todos los nombres: IsmaelPedroJuanRoberto. Complacida en el engaño, se contempla en el espejo. A pesar de los dientes postizos, de su nunca reír, de la gordura, de la llamada telefónica que la espera, Mina se ve bonita.

... la única palabra que le corresponde para ser nombrada es su verdadero nombre: Mayim, que en hebreo significa Agua...

